



S. FROILAN, O.

PATRON DE LEON.

estás ligado á él por tu condicion y por tu estado; pero reconociendo la falsa brillantez de todos sus gustos y de todas sus honras, experimentando la insustancialidad de todos sus bienes, entrega tu corazon al sólido, al único verdadero bien, que es Dios.

2. Supuesto el justo concepto que tienes hecho de que el mundo está lleno de falsedad, habla siempre de sus cosas arreglado á esta misma idea. No hagas caso ni de sus bienes ni de sus prosperidades, sino en cuanto te puedan servir para merecer los bienes del cielo. Si se habla de la fortuna, de los empleos, del favor de alguna persona del mundo, considera qué favor es aquella aparente fortuna, y habla de ella en este mismo concepto. Por el contrario, sucede algun revés, alguna pérdida, alguna desgracia á este ó aquel que estaban entronizados, moraliza y filosofa en el mismo tono. Nunca pierdas ocasion de persuadir á tus hijos, á tus amigos y á tu familia lo poco que hay que fiar en todas las grandezas del mundo; cuán frágil, cuán caduco y cuán falso es todo lo que hay en él.

---

SAN FROILAN, OBISPO Y PATRON DE LEON.

Gobernando la Iglesia Gregorio IV, honor inmortal de la religion de san Benito, y mandando la monarquía de España Alfonso II, llamado el Casto, por los años del Señor de 832 nació el glorioso san Froilan, uno de los mas grandes obispos que ha tenido la Iglesia de España. Fué su patria la noble ciudad de Lugo en la provincia de Galicia. Tuvo la ventura de darle cuna un arrabal de la dicha ciudad que, segun la tradicion de sus vecinos, estaba situado en donde ahora se dice *Reguero dos hortos*, sitio despoblado al presente, en el

cual tiene la catedral una huerta. La misma tradicion nos ha conservado el nombre de su madre, que callan uniformemente todos los monumentos antiguos. Por ella se tiene por cierto en aquella ciudad que se llamó Froila, mujer de tanta virtud, que su cuerpo mereció un lugar distinguido en un sepulcro de mármol, que se halla en la catedral de Lugo como vara y media levantado del suelo. El docto P. Mabillon afirma que sus virtudes la elevaron en aquel obispado al alto honor de ser venerada por santa. Esta especie es comun en nuestros escritores modernos, quienes, no solamente dan por sentada la heroicidad de las virtudes de esta santa matrona, sino que la confirman con la veneracion y culto que le tributan los fieles de Lugo, implorando su intercesion contra los dolores de cabeza y reumas. Afirman igualmente que una imágen que está sobre el sepulcro con hábito de monje representa á san Froilan, y que otro sepulcro que está en la capilla mayor al lado del evangelio es de un hermano del santo. Todo esto prueba que, aunque no se sepa puntualmente la ascendencia de san Froilan, se puede colegir que fué gente rica, como lo acreditan los preciosos monumentos.

Como los padres de Froilan eran no menos piadosos que abastecidos de bienes de fortuna, dieron al santo niño una educacion propia de su piedad y de su clase. Apartáronle con cuidado de aquellos tratos y compañías que suelen ser el escollo de la inocencia, y en donde las costumbres comienzan á contaminarse para siempre. El cielo habia dotado á nuestro santo de un natural feliz, y de unas disposiciones cual las podia apetecer la misma virtud. Dócil de genio, humilde de corazon, apacible en sus modales, é inclinado naturalmente á lo mejor, se prestaba como una blanda masa á las santas instrucciones que le sugerian. Siendo de edad proporcionada, le aplicaron

al estudio y conocimiento de las ciencias sagradas, y en ellas aprendió á despreciar el mundo y á buscar las eternas dichas. Ya en aquella edad sabia el verdadero precio de la virtud, y los medios de alcanzarla, que son la abstraccion del mundo y el trato con Dios en la oracion. Ejercitábase en ella con tal continuacion y fervor, que los efectos no podian ocultarse por su modestia. Venerábanle como á un santo mancebo; y Froilan, puesto siempre en vela contra los tiros de la vanagloria, se veia precisado á hacer frecuentes reflexiones sobre la miseria de la naturaleza, sobre la rebeldía de las pasiones, y sobre las faltas que la delicadeza de sus ojos divisaba en su conducta para humillarse delante de Dios, y prevenirse de este modo contra los asaltos de la vanidad. Entre tanto, se afianzaba en el santo temor de Dios, consideraba sus grandezas lleno de fe, y seguia el camino comenzado, aprovechando de virtud en virtud. Siendo de edad de diez y ocho años, pensó consigo mismo que debia darse un destino, en el cual sirviese á Dios con tranquilidad, y al mismo tiempo aprovechase á sus prójimos. Para este efecto, deseaba ejercitarse en el ministerio de la predicacion, considerando que de este ejercicio podría resultar la conversion de muchos pecadores, y la confortacion de las almas tibias y débiles. El conocimiento que tenia de las ciencias sagradas, y los ópimos frutos que le dejaban entrever sus caritativos deseos, le tenian casi decidido. Pero, por otra parte, consideraba la tranquilidad y perfeccion de la vida eremitica, las dulces delicias que en ella encuentra el espíritu y la seguridad contra las asechanzas del mundo. Estas consideraciones le instaban por su parte á retirarse á un desierto, y hacer en él la vida que celebra la Iglesia en tantos otros solitarios.

Las conveniencias y proporciones que en uno y otro encontraba para servir á Dios, le tenian indeciso so-

bre el rumbo que habia de seguir. En esta afliccion meditó hacer una prueba tan extraña como maravillosa por donde investigar la voluntad de Dios, lo cual era el móvil y el norte de todas sus acciones. Determinó tomar unas brasas encendidas, y aplicárselas á los labios y á la lengua, y si estos sentian la voracidad del fuego, inferir que Dios no le destinaba para el ministerio apostólico; pero si por el contrario las brasas no quemaban sus labios, concluir que de esto mismo quedaba probado que sus eloquios habian de ser castos y tan puros, como la plata probada en el crisol; de consiguiente, que Dios le llamaba al ministerio de la predicacion. Verificóse esto último, porque, habiendo hecho la prueba, el fuego perdió su actividad por virtud divina, y las brasas no hicieron mas lesion en los labios del joven que si hubieran sido rosas. Disponíase ya á emprender el oficio apostólico, bien asegurado de que Dios le destinaba como vaso de eleccion á la predicacion de los pueblos, y á enseñar á los que estaban sentados en las tinieblas de la culpa los caminos pacíficos de la salud eterna. Habia dejado poco antes la casa de sus padres, y se hallaba en medio de un desierto. Preparábase con mas oracion, ayunos y penitencias al ministerio para que Dios le habia elegido. Pasado algun tiempo, cuando le pareció que ya su pecho estaba tan encendido con el fuego del amor de Dios, que las palabras que de él saliesen podrian ser causa de iguales incendios en las almas de sus prójimos, determinó ir á poblado en busca de las gentes á quienes habia de predicar. En el camino le dió el Señor á entender con otro nuevo milagro la complacencia que tenia en verle dispuesto á predicar las glorias de su santo nombre, y al mismo tiempo como con su mano poderosa le infundia los soberanos dones necesarios para tan grande empresa. Llegó el santo, al ponerse el sol, á un sitio yer-

mo, y cerrando la noche con oscuridad, cesó en su viaje, y se puso á descansar en su ordinario ejercicio de la oracion. Gran parte de la noche habia pasado cuando súbitamente hirió sus ojos un resplandor celestial que iluminaba toda la comarca. En medio de la claridad advirtió dos hermosas palomas, que venian volando desde el cielo, una de color rosado, y la otra mas blanca que la nieve, las cuales dirigian el vuelo hácia su persona. Quedó el santo admirado, y estando sorprendido con su vista, advirtió que ambas á dos se le entraron con presteza por la boca. Pero no quedó en esto solo el milagro. Si mucho se habia sorprendido Froilan con un hecho tan milagroso, mucho mas fué su admiracion cuando advirtió que la una de las dos palomas le causaba dentro del pecho un ardor extraordinario, al tiempo que la otra le llenaba de dulzura las potencias y sentidos.

Sin embargo de la profunda humildad en que estaba cimentada la sólida virtud de Froilan, no pudo menos de advertir las grandes misericordias que Dios usaba con su persona. Conoció que en aquellas palomas estaba significado el Espíritu Santo, y en la diversidad de sus colores los diferentes carismas con que adorna las almas de aquellos venturosos en quienes habita. Esto mismo manifestaba el ardor que sintió en su pecho, y la dulzura de que advirtió inundada su alma, pronosticándole además los efectos felices que de su predicacion resultarian. Verificóse en la realidad; porque sus sermones de allí adelante contenian en sí todo aquel espíritu de grandeza y magnificencia que derriba los mas altivos cedros del Libano, y deshace como almadana los mas endurecidos peñascos, y asimismo aquel espíritu de dulzura que atrae y encanta blandamente los mas esquivos corazones. Salióse del desierto en donde tenia sus delicias, para emplear en beneficio de sus prójimos las gracias que

Dios le habia dispensado. Aunque no se sabe de cierto los lugares determinados en que ejerció su ministerio apostólico, se sabe que fueron varios pueblos y ciudades; y que en ellos correspondia el fruto de su predicacion al fervor y soberanos dones del que predicaba. Ninguno oyó las vivas reprensiones que salian de su boca, sin que, trocando su corazon y ablandando su pecho, no dejase los caminos extraviados por donde corria á su precipicio, y se convirtiese de veras al Señor. Los discursos de Froilan, adornados no de los vanos artificios de la elocuencia, sino de la caridad que ardia en su alma, siempre eran vencedores. Tanto los ciudadanos, cuyos vicios son finos y delicados, á proporcion de su vida, como los plebeyos y montaraces de la fe mas sencilla, y mas sensibles á las amenazas de la religion, se dejaban herir de la divina palabra segun salia de la boca de Froilan, que se pudiera llamar mas bien un horno de caridad ó un órgano del Espíritu Santo. Estos efectos maravillosos le conciliaron un aplauso y estimacion de los hombres, que se componia dificultosamente con la humildad de Froilan, y con el temor que tenia siempre de manchar su conciencia con la mas leve sombra de vanidad. Al paso que predicaba, crecia su mérito, crecia su fama, y se aumentaba su peligro. Este hizo suma impresion en el que tanto habia amado la vida solitaria, que, para dejarla y emplearse en la predicacion, habia exigido de sí mismo la terrible prueba de las brasas encendidas que aplicó á sus labios. Teniendo, pues, firmemente grabada en el alma aquella sentencia de que *nada le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si padece detrimento en su alma*, determinó volverse á su amada soledad á buscar en ella la tranquilidad de espíritu que habia perdido en el poblado. Andaba de monte en monte y de breña en breña huyendo el favor y aplausos de los hombres con tanto anhelo como

podiera emplear en solicitarlos el mas ambicioso. Donde quiera que encontraba un lugar oportuno á sus deseos, allí se paraba algun tanto, hacia vida solitaria y contemplativa por algun tiempo, y no queriendo tener de asiento ni aun esta pequeña comodidad, pasaba á otra breña á emplearse en el mismo género de vida.

No obstante el gran cuidado que este siervo de Dios ponía para esconderse á los ojos del mundo, la fama de su santidad se habia extendido tanto, que era imposible ocultarse. Tuvo noticia de ella san Atilano, varon santísimo, que con el tiempo fué uno de los mas grandes obispos que tuvo la iglesia de Zamora, y aun la de toda España. Estaba ordenado de sacerdote, y con la sublimidad del ministerio habian crecido en él los deseos de mayor perfeccion. Solicitaba hallar un director de su alma en quien descansar con confianza, asegurando en su piedad y luces la consecucion de la eterna ventura. Tuvo noticia de que en san Froilan se encontraban con muchas ventajas las cualidades que buscaba en su director. Dejó su patria y todas las conveniencias de la vida, y guiado de un instinto divino, se echó á buscar á Froilan por aquellos lugares desiertos en que le habia sido dicho que hacia vida eremítica, y eran las montañas de Leon. Aunque la empresa era difícil de conseguir, por ser poco menos que imposible poder encontrar en un desierto lleno de escabrosidades y quebraduras á un hombre empeñado en ocultarse de los demás hombres, Dios, que favorece las buenas intenciones, quiso que encontrase al santo ermitaño, que le manifestase sus deseos, y que Froilan le recibiese por discípulo. Gozaronse mutuamente de su santa compañía, y comenzaron una vida toda contemplativa, que seguian con el mayor fervor; pero por cuanto los pueblos de la comarca tenian alguna noticia de su residencia en aquel yermo, juzgaron los

santos que allí estaban mal seguros, y que debían buscar otro asilo á su tranquilidad. Con este intento, comenzaron á andar de monte en monte, hasta que finalmente llegaron á uno llamado entonces *Curcurino*, y en el día *Curueño*. Fuese por la aspereza del lugar, ó por lo desconocido que era á las gentes este sitio, los santos le eligieron de comun acuerdo para mansion suya, fabricando en él unas pobres celdillas muy acomodadas á la pobreza y austeridad de su espíritu. Allí estuvieron los dos santos solitarios ejercitándose algun tiempo en la vida contemplativa. Los provechos que de esto resultarían en su espíritu, las divinas consolaciones con que serían recreados y los celestiales favores que recibirían quedaron ocultos entre aquellas breñas; pero sin embargo, por lo que se vió despues se conoce que en este género de vida consiguieron sus almas considerables acrecentamientos en la virtud.

El mérito verdadero tiene las mismas propiedades que la actividad del fuego y los resplandores de una gran luz; por mas que quiera ocultarse, siempre salen vanos cuantos esfuerzos se emplean en conseguirlo. Divulgóse muy en breve el lugar en donde san Froilan hacia vida eremítica en compañía de san Atilano, y como estaban llenos los pueblos de los admirables frutos que anteriormente habia causado su predicacion, no pudieron menos de solicitarla ahora con tanta mas ansia, quanto mas la privacion les habia excitado el deseo. Concurrían á aquel sitio escabroso grandes turbas de gentes, sin que la incomodidad de los senderos, lo largo del camino, ni las inclemencias del tiempo fuesen bastante á retraerlos de su concurrencia. Los magnates, los sacerdotes, el clero, hombres y mujeres todos venían en grandes tropas á aquel lugar solitario á que Froilan les anunciase la palabra de Dios, lo cual hacia el santo con gran fruto, porque

los que la oían eran temerosos de Dios, y tenían bien dispuestos sus corazones. Era grande la complacencia y consuelo que sentían en su espíritu aquellas gentes afortunadas con la predicacion de Froilan; pero eran tambien muy grandes las incomodidades y molestias que por esta causa padecían. Dejar sus casas; abandonar por largo tiempo los quehaceres de sus familias; repetir con frecuencia unos senderos peligrosos entre malezas y precipicios; exponer su salud á los ardores del sol y á las incomodidades de la lluvia, eran unos males dignos de consideracion y de remedio. Representáronselos al santo, suplicándole al mismo tiempo que se dignase dejar aquel lugar solitario, y bajar á una ciudad, que se llamaba Viseo, en donde él no tendria ciertamente las comodidades tranquilas de la soledad; pero en recompensa tendria el regocijo de ver que á menos costa se multiplicaba en sus prójimos el provecho. Para que sus razones tuviesen mas fuerza, é hiciesen mayor sensacion en las entrañas del santo, usaron de un medio que moviese su interés. Sabían que era aficionado á la vida eremítica, y de aquí infirieron que no le podia desagradar la vida monástica. Propusieronle, pues, que en la referida ciudad podria edificar un monasterio en donde fuesen muchos los que sirviesen á Dios, y se criasen varones hábiles y virtuosos para dispensar á los pueblos la divina palabra. Facilitaronle esta empresa, prometiendo ayudarle con sus limonas con quanto bastase á conseguirla, asegurándole además que no les faltaria el alimento necesario. Esta representacion hizo tanta fuerza en el alma de san Froilan, que condescendió con ella gustoso, y dejando su amada soledad, se vino con san Atilano á la ciudad de Viseo. Las promesas que nacen de la sencillez y rectitud de corazon siempre tienen su cumplimiento: Dios mismo las bendice y las lleva á debido efecto, derramando sobre ellas sus

benéficas gracias, venciendo con virtud omnipotente cuantos obstáculos se presentan. Llegado que fué nuestro santo á la ciudad, emprendió la fábrica del monasterio, y en breve tiempo le vió poblado de trescientos monjes, que no cesaban día y noche de cantar las divinas alabanzas, y de derramar en los pueblos circunvecinos copiosos y espirituales frutos.

Gobernaba á la sazón el reino de los Godos Alfonso, príncipe que por sus grandes cualidades en paz y en guerra, en lo eclesiástico y civil, fué llamado el Magno. Aunque tarde llegó á noticia de este gran rey la fama de Froilan, sus acendradas virtudes, su apostólica predicación y el grande fruto que habia hecho en tantos pueblos; concibió deseos de ver y tratar personalmente á varón tan santo, y para conseguirlo envió nuncios que en su real nombre le suplicasen viniese á Oviedo, en donde el rey tenia su corte, y hacia su residencia. Luego que Froilan oyó la embajada, concibiendo que, de condescender con el rey, podrian seguirse grandes provechos á Dios y á su Iglesia, obedeció inmediatamente, emprendiendo el viaje para aquella ciudad. Como hubo llegado, se presentó al piadoso rey, quien en su aspecto y en su trato conoció un varón lleno del Espíritu Santo; admiró una y muchas veces los soberanos dones con que la divina gracia le habia enriquecido, y con un piadoso asombro de ver en un hombre tanta santidad, prorumpió en dar gracias á Dios que habia elegido tal siervo para gobernar las almas que creian en él. Las admiraciones y espanto no se quedaron solamente en unas señales estériles de la fuerte sensación que la virtud de Froilan habia hecho en el real ánimo. Resuelto anticipadamente aquel generoso príncipe á rellorar las costumbres, que no habian podido menos de estragarse entre los horrores y desorden de la guerra, eligió á Froilan para que pusiese en ejecución

este gran designio. Honróle mucho, dióle una gran suma de dinero y una potestad ilimitada para que, recorriendo todo su reino, fundase monasterios en los sitios que para ello encontrase mas oportunos. Regularmente se elegia para este efecto un sitio ameno en donde con lo apacible del lugar se juntase la posibilidad de concurrir los pueblos á recibir la enseñanza de los monjes, y á la celebracion de los divinos oficios. Algunos dicen que fueron muchos los monasterios que el santo edificó, y que de ello dan testimonio varias ermitas á la ribera del Ezla, en donde se divisan todavía ruinas, que parecen de grandes edificios; pero de testimonios auténticos solo consta que edificase dos, que por la santidad de sus individuos y por el número de monjes equivalian á muchos. El uno fué el monasterio Tabarense, llamado así por estar edificado cerca de un lugar llamado Tábara, una legua distante del rio Ezla. En él se juntaron seiscientos individuos de ambos sexos, á quienes san Froilan dió saludables instituciones para que se mantuviesen en el fervor de la vida monástica. Otro monasterio fundó el santo en un sitio elevado y ameno cerca del rio Ezla, en el cual llegaron á juntarse como doscientos monjes, á quienes igualmente comunicó la regla con que habian de vivir. Reservóse el santo para sí la dirección de estos monasterios, que esto quiere decir el nombre de abad con que le señalaron los pueblos cuando pidieron al rey que le elevase á la dignidad episcopal.

Con gran tranquilidad de su espíritu y alegría de su alma gobernaba nuestro santo sus monjes; porque, aunque no dejaba de serle pesada la carga de la superioridad, se la hacia llevadera la satisfacción de ver el provecho que resultaba á los pueblos. Pero en este tiempo, que era por los años del Señor de 900, vacó la silla episcopal de la iglesia de Leon, y el pueblo,

que estaba bien instruido de las excelentes cualidades que adornaban al santo abad para dignidad tan sublime, levantó la voz pidiéndole con ahinco por obispo, dirigiendo para este efecto al rey las súplicas mas eficaces. Alegróse Alfonso extraordinariamente con este hecho, porque ya había tiempo que intentara persuadir á Froilan se ordenase de sacerdote, y no lo había podido conseguir. La responsabilidad de las delicadas obligaciones que acompañaban al presbiterado era un muro tan fuerte, que no le habían podido vencer ni las insinuaciones de la amistad, ni la autoridad del trono. Viéndose Froilan elegido para obispo de Leon, es indecible el sentimiento que se apoderó de su alma, y las exquisitas diligencias que practicó para eximirse de la dignidad. Representó al rey que tenía hijos en sus monasterios, los cuales exigían de justicia que emplease en ellos su vigilancia y cuidado; que sería un mal monje si se determinaba á dejar la pobreza y retiro de su celda por el esplendor de la dignidad pontificia; y últimamente, llegó á tanto su resistencia, que se atrevió á hablar al rey palabras tan amargas, que, á no saber el monarca el gran fondo de virtud de que procedían, las pudiera haber tomado por insultos. Nada bastó á hacer desistir al rey ni al pueblo de la determinacion que habían tomado; y así, aunque contra toda su voluntad, fué el santo consagrado obispo de Leon en el día de Pentecostés, juntamente con san Atilano, que fué consagrado el mismo día obispo de Zamora. Constituido en la cátedra episcopal, como antorcha en el candelero, comenzó á difundir las luces de su sabiduría y las benignas influencias de su virtud. Su iglesia y toda España las participaban en abundancia, porque á todas partes llegaban los ecos de aquella voz de trueno con que predicaba la palabra de Dios, cumpliendo las funciones de su augusto ministerio. Sin

embargo de que había encanecido en el ejercicio de las virtudes, unas veces habitando los desiertos, otras evangelizando á las ciudades, y otras, finalmente, dirigiendo á Dios un sinnúmero de monjes, le parecía que nada había hecho, y que su virtud era muy débil respecto de lo que exigía el cargo episcopal. Redobló todos sus ejercicios, aumentó las austeridades y multiplicó los trabajos, enseñando, corrigiendo y guiando por los senderos de la salud al rebaño que el Señor había puesto á su cuidado. Cuantas virtudes requiere san Pablo en un obispo cuando escribe á Tito y á Timoteo, otras tantas se procuró Froilan por medio de la divina gracia; y así, tanto los monjes como los clérigos y legos experimentaron en él un sabio maestro, un pastor vigilante, un prelado dulce y un padre amoroso.

Cinco años ocupó la silla episcopal con el provecho que era consiguiente á sus excelentes prendas. Por el mes de enero de 905 se hallaba en la ciudad de Oviedo presenciando una donacion que el rey don Alfonso hizo á la santa iglesia del Salvador, en que manifestó asimismo la devocion y amor que tenía á Froilan y á su iglesia. El Señor queria ya premiar á su siervo fiel, que tan buena cuenta daba de los talentos que le había confiado; pero quiso antes que aun en este mundo quedase una prueba de lo que le había agradado, señalándole con el don de profecía. Profetizó Froilan grandes cosas antes que sucediesen, y entre ellas, que aquella tierra seria devastada por la guerra, la hambre y la peste. Al rey don Alfonso, al clero y al pueblo les hizo igualmente semejantes profecias, anunciando á cada uno en particular lo que le había de suceder; y como la experiencia les tenía acreditado que residia en él un verdadero espíritu profético, todos se prepararon con lágrimas de compuncion para esperar los sucesos. Una de las cosas que

predijo fué el día y hora en que su alma había de ser desatada de los lazos de la mortalidad para reinar con Jesucristo. Poco antes de que sucediese esto convocó á todos sus monjes y al clero, y teniéndolos presentes, les hizo primeramente un vivo discurso, exhortándolos á la observancia de la ley santa de Dios, y á mantener con teson todas las santas reglas que les había dado. Concluyó su razonamiento, diciéndoles como Dios le llamaba para sí, y señalando el día y hora en que había de morir, y presentarse delante de su Dios. Estas últimas palabras llenaron de consternación á todos los circunstantes; bien presto se divulgaron por toda la ciudad y por los pueblos circunvecinos. Querer explicar el dolor, los gemidos y llanto que manifestaron todos sus súbditos, sería pretender un imposible. Mucha gente de ambos sexos, de todas las edades y gerarquías, andaba confusamente por la ciudad anegada en lágrimas, y manifestando su dolor con lamentos; unos lloraban sin consolación la miserable horfandad en que quedaban; otros levantaban las manos al cielo, clamando á voz en grito: ¿Porqué, ó padre, nos dejas, desamparando el rebaño que te había sido encomendado? Entre tanto, el santo obispo se fortalecía con los sacramentos de la Iglesia; y habiendo llegado la hora que tenía profetizada, durmió el sueño de los justos, y su alma santísima fué presentada entre coros de ángeles á su Criador para recibir el premio debido á sus trabajos. Sucediósu tránsito dichoso el día 5 de octubre del año 905, habiendo vivido setenta y tres años. Su cuerpo fué sepultado en un sepulcro precioso, que tenía fabricado para sí el rey Alfonso en la iglesia de Leon. Allí permaneció hasta los años de 999, en que viniendo Almanzor á las comarcas de Leon, procuraron los ciudadanos poner en salvo las sagradas reliquias de su santo prelado, llevándolas á un lugar mon-

tuoso de los Pirineos, llamado Valdecesar, en cuya iglesia, dedicada á San Juan, permaneció hasta que por solicitud de una princesa fué llevado al monasterio de Moreruela, del orden del Cister. Hallábase desconsolada la iglesia de Leon por la falta de las reliquias de su pastor san Froilan. Hizo varios oficios con los monjes de Moreruela, para que le volviesen un tesoro que la pertenecía; pero todos fueron inútiles: por tanto, se quejó formalmente al sumo pontífice, quien, habiendo nombrado por juez de esta causa al legado Jacinto, este sentenció que los sagrados despojos se repartiesen igualmente entre la iglesia de Leon y el monasterio. Hizose la traslación con toda la pompa y aparato que convenia á la adquisición de tan preciosas reliquias, y á la dignidad de iglesia tan respetable, y fueron colocadas en el altar mayor de la catedral en una preciosa urna de plata, donde los fieles las veneran, premiando Dios su fe y su devoción con favores continuados.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Mesina de Sicilia, la fiesta de san Plácido, monje, discípulo de san Benito, y sus hermanos san Eutiquio y san Victorino, y santa Flavia, su hermana; y tambien san Donato; san Firmato, diácono; san Fausto con otros treinta monjes, todos mártires, que fueron sacrificados todos por el pirata Manuca en odio de la fe de Jesucristo.

En el mismo día, la fiesta de san Traseas, obispo de Eumenia, martirizado en Esmirna.

En Tréveris, san Palmacio y compañeros, mártires, que fueron todos sacrificados en la persecucion de Diocleciano bajo el presidente Ricciovaro.

En el propio día, el martirio de santa Catalina, virgen, que, bajo el emperador Diocleciano y el consular